

LIBRO SÉPTIMO.

LITERATURA.

CAPITULO I.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA GRIEGA

SOBRE LA HUMANIDAD.

La literatura griega ha tenido un singular privilegio: los partidos más opuestos, los más hostiles, le han prodigado magníficos elogios. ¿Quién creería que los Padres de la Iglesia están conformes con el siglo XVIII para celebrar la filosofía de la Grecia? Los discípulos de Cristo no sentían gran inclinación á alabar la sabiduría humana, que á sus ojos no es más que vanidad. Sin embargo, uno de los más ilustres pensadores del cristianismo naciente proclama que la filosofía griega es un dón de la Providencia (1). San Clemente de Alejandría la compara con la revelación hecha á los Hebreos: « En los designios de Dios, dice, la filosofía preparó á los gentiles al Evangelio, lo mismo que la ley de Moisés preparó á los Judíos » (2). Los librepensadores, cuyas aspiraciones eran más generales que las de los cristianos, glorifican todas las manifestaciones del genio helénico. Montesquieu dice que elevó las

(1) CLEM. ALEX., *Stromat.*, I, p. 526, ed. Potter.

(2) IBID., *id.*, v, 6, p. 762; I, 5, p. 331.

artes hasta un punto tal, que el pretender aventajarlas será no conocerlas (1). Otro filósofo, aun cuando alimentando la esperanza de una perfección indefinida, envidia casi á la antigüedad aquel pueblo que ejerció sobre los progresos de la especie humana una influencia tan poderosa y tan feliz. « La naturaleza, dice Condorcet, lo había preparado para ser el bienhechor y el guía de todas las naciones, de todas las edades » (2).

Participamos de los sentimientos de los Padres de la Iglesia, y aplaudimos el santo entusiasmo inspirado por los beneficios que ha traído al mundo aquella raza privilegiada. Pero ¿no es una monstruosa confusión de las apreciaciones más contradictorias aprobar á un mismo tiempo á San Clemente y á Condorcet? Verdad es que los motivos que produjeron el entusiasmo de los filósofos del siglo pasado hubieran inspirado horror á los discípulos de Cristo, y es también evidente que si los filósofos incrédulos hubieran echado de ver la relación entre las letras, las artes de la Grecia y el Cristianismo, hubieran maldecido aquel desarrollo de la inteligencia y del sentimiento, porque, según sus preocupaciones, no hubieran visto en él más que error y mentira. Sin embargo, los Padres de la Iglesia y los filósofos tienen razón á la vez. Solamente los que desconozcan las leyes que presiden al perfeccionamiento de la humanidad se admirarán de esta aparente contradicción. Si, los sabios de Grecia han sido los profetas del cristianismo, y es cierto al mismo tiempo que el helenismo es el enemigo más peligroso de la religión cristiana. Los creyentes y los incrédulos pueden, pues, á la vez, manifestar predilección por la literatura clásica, elogiando los unos lo que los otros reprueban. El siglo XIX sabe en su elevada imparcialidad hacer justicia á unos y á otros; y, cosa extraña, lejos de padecer por esto la gloria de la Grecia, recibe nuevo realce.

Hoy no alimentamos ya el odio del siglo pasado contra el Cristianismo; vemos en él, por el contrario, uno de los elementos más esenciales de nuestra civilización. Si, pues, la Grecia ha preparado el advenimiento de Jesucristo, debemos agradecerle como un

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXI, 7.

(2) CONDORCET, *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, p. 72.

inestimable beneficio. Hemos dicho en otra parte en qué sentido admitimos que la antigüedad ha sido una preparacion para la *buena nueva*. Creemos, como los escritores cristianos, que la cultura helénica fué un instrumento en la mano de Dios para la propagacion del Evangelio. Supóngase al género humano dividido en pueblos aislados y hablando lenguas diversas, como lo estaban al advenimiento de la Grecia, y la predicacion del cristianismo hubiera sido imposible. La palabra de vida, emanada de un pueblo desgraciado, concebida en un idioma desconocido fuera de la Judea, no hubiera iluminado más que un pequeño rincón del Asia, en lugar de ser una ley universal. Pero gracias á las conquistas de Alejandro y de Roma, la lengua griega habia llegado á ser la del mundo antiguo; el libro de la *buena nueva* podia dirigirse á todos los pueblos. A la lengua de los Helenos debe el cristianismo su rápida extension por una gran parte de la tierra (1). El elemento helénico, que penetró muy pronto en la doctrina cristiana, le imprimió tambien ese carácter de generalidad que lo eleva sobre todas las religiones de los tiempos pasados. Nacidos y educados en el seno del mosaismo, los primeros discípulos de Cristo encontraban dificultad en perder el espíritu exclusivo de la nacionalidad hebráica: consentian en abrir su iglesia á los paganos, pero á condicion de que abrazasen el judaismo. Semejante concepcion de la fraternidad hubiera venido á parar en la constitucion de una secta judía. Uno de los primeros mártires de la nueva fe, San Estéban, Judío nacido en Grecia, conoció que el Evangelio tenia un destino más glorioso: no debia ser la ley de un pueblo sino la de la humanidad (2). San Estéban fué el precursor de San Pablo. El gran apóstol de los Gentiles rompió las barreras que un espíritu exclusivo mantenía entre el pueblo elegido y el resto del género humano, y dirigiendo más especialmente á los Helenos su poderosa palabra, pareció reconocer que á los que habian preparado y facilitado el establecimiento del cristianismo correspondia tambien trabajar en su desarrollo.

Hasta aquí estamos conformes con los escritores cristianos. Pero

(1) PLANCK, *Geschichte des Christenthums*, t. II, p. 260 y sig.
Véase el tomo IV de mis *Estudios*.

avanzamos más y decimos que la filosofía griega condujo á la humanidad á la puerta del cristianismo, que la religion cristiana es el último resultado de los sentimientos y de las ideas que se habian desarrollado en el mundo antiguo, y al mismo tiempo la inauguracion de una civilizacion nueva de la cual forma uno de los elementos más considerables. No nos proponemos tratar tan vasto asunto en todos sus detalles. Reducidos, por el objeto mismo de nuestros *Estudios*, á límites más determinados, no podemos considerar la literatura griega y el cristianismo más que bajo uno de sus aspectos, como un lazo internacional, pero esto bastará para convencer á todos aquellos á quienes no ciega la fe en un dogma que se pretende revelado, de que la civilizacion cristiana es una evolucion de lo pasado, y al mismo tiempo una preparacion para el porvenir. Baste aquí con hacer observar que Jesucristo no predicó ningun dogma. Las creencias que distinguen el dogma cristiano fueron formuladas por los concilios; y ¿quiénes componian aquellas asambleas? ¿de dónde venian los hombres á quienes la cristiandad llama sus Padres? Salieron de las escuelas de la Grecia. Platon inspiró á los dos grandes representantes de la Iglesia, Orígenes y San Agustín; el primero está casi dominado por la filosofía; en el segundo prevalece el elemento cristiano, pero la filosofía platónica fué la que encendió el fuego de su genio (1).

Hé aquí una fase de la cultura helénica; hay otra completamente contraria. El cristianismo subordina la razon á la fe; si los Padres de la Iglesia aceptan la filosofía, es como servidora de la religion; pero los filósofos no pueden aceptar este humillante oficio sin abdicar, porque la libertad de pensar es lo que constituye la filosofía. El libre pensamiento constituye la esencia del helenismo. Despues de la invasion de los Bárbaros, y á consecuencia de esta invasion, la fe triunfó. Los pueblos germanos, calificados de Bárbaros por los Romanos, estaban realmente en aquel estado de barbarie que requeria una educacion providencial para desarrollar sus nobles facultades. La religion fué el instrumento divino de su ini-

(1) «Etiam mihi ipsi de me ipso incredibile incendium concitarunt» (AUGUST., *C. Acad.*, II, 5).—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, páginas 670, 674.

ciación. Durante mucho tiempo los pueblos modernos se contentaron con creer. Sin embargo, la humanidad no puede vivir sin pensar. Apenas comenzaron á asentarse las razas bárbaras, el pensamiento se despertó. En el siglo IX hay ya un libre pensador en el mundo germánico. ¿Quién inspiró á aquel precursor de Espinosa y de Hegel? La Grecia. La Edad Media se doblega bajo las fórmulas de la teología, pero siente al ménos la necesidad de comprenderlas y de explicarlas; de aquí la escolástica. También en este movimiento de los espíritus es la Grecia la que domina; Aristóteles con traje árabe. Introduce en la filosofía cristiana un elemento poco simpático al cristianismo; por esto el aristotelismo conduce á una escuela de incredulidad, es decir, de libre pensamiento. Pero á medida que se van manifestando los peligros de una doctrina emancipada del yugo de las fórmulas teológicas, la escolástica se encierra en un círculo cada vez más reducido y degenera en una pura logomaquia. Entónces la Providencia resucita la literatura griega. Arrojadlos de Constantinopla por los conquistadores bárbaros, los Helenos propagan por Italia su armoniosa lengua y las obras maestras que les aseguran la inmortalidad. El Renacimiento es más que la resurrección de una lengua y de algunos escritores, es realmente una vida nueva, la vida del pensamiento en toda su independencia. El helenismo que renacia era esencialmente hostil á la religión de Cristo. Esta hostilidad se tradujo en excesos singulares. Un griego creyó de veras que el paganismo helénico estaba destinado á reemplazar al Evangelio. No tachemos de extravagancia esta idea; *Plethon* nos dirá que tenía cómplices en el colegio de cardenales. Aun cuando excesiva, aquella reacción marca perfectamente la tendencia del movimiento anticristiano que tenía lugar en los espíritus. El movimiento ha continuado á través de la reforma y la reacción católica hasta los tiempos modernos. Por este concepto la filosofía del siglo XVIII se apasionó por la Grecia: no fueron tanto sus artes lo que admiró como la libertad de pensar que respira en todas las obras del genio griego.

Presenciamos en el siglo XIX una nueva reacción. Las revoluciones, que trastornan hasta sus cimientos la sociedad, han dado alguna actividad á la fe del pasado. ¡Singular apoyo para una re-

ligión espiritualista el de los intereses alarmados! Sin embargo, la Iglesia sacó partido de él: los más celosos se creían ya seguros de la victoria. A fin de asegurar para siempre el imperio de las almas, y por consiguiente la dominación de la sociedad, trataron de apoderarse de la enseñanza y de desterrar de ella la libertad de espíritu, proscribiendo el helenismo. Estos nuevos Bárbaros tenían un seguro instinto del peligro con que amenaza el genio helénico al cristianismo; la fe ciega y el espíritu libre de la Grecia son incompatibles. Pero en una edad positiva que, á pesar de las apariencias de religiosidad, se preocupa mucho más de las cuestiones políticas y económicas que de las religiosas, era también necesario hacer el helenismo sospechoso á los hombres que temen, sobre todo, á las revoluciones y que quieren conjurarlas á toda costa. Los partidarios de la ortodoxia emprendieron, pues, la demostración de que el espíritu republicano de la Grecia, con que se formaban en los colegios las inteligencias jóvenes, había producido la insurrección de 1789 y el terror. Aprovechándose de la predilección que la filosofía del siglo XVIII manifiesta por las instituciones griegas, y principalmente por las de Lacedemonia, aquellos escritores denunciaron el filo-helenismo como el *gusano roedor* de la sociedad moderna (1). El lenguaje y los excesos de la revolución les ayudaron á defender su tesis. Verdad es que los republicanos de 1793 se engañaron, lo mismo que los filósofos, creyendo que Licurgo había realizado el ideal de una república; se engañaron buscando entre los Griegos y entre los Romanos el tipo de la libertad con que querían dotar á la Francia. La antigüedad no conocía la libertad tal como nosotros la deseamos, tal como quisiéramos practicarla; sus aspiraciones se han dirigido más á la igualdad que á la libertad. ¿Quiere esto decir que deben imputarse al helenismo los errores de la revolución? Si la Francia no ha logrado conciliar la libertad con la igualdad, ¿es culpa de Esparta y de Platon?

Si los escritores católicos conociesen la historia, sabrían que la nación francesa tiene de común con la raza helénica el dar más

(1) MGR. GAUME, *el Gusano Roedor*; IBID., *la Revolución*.—Las mismas re-
criminaciones se encuentran en un escritor que en 1830 había sido demócrata
(LERMINIER, *Los legisladores de la Grecia*, t. I, Prólogo, p. 28, 34-38).

importancia á la igualdad que á la libertad; no habiendo podido hasta hoy armonizarlas, le ha ocurrido más de una vez sacrificar sus derechos por conservar la igualdad que le es tan cara. Los hombres que creen que sin la garantía de instituciones libres la igualdad no es más que una palabra vana, tienen razon en deplorar esta tendencia. Pero ¿hemos de echar la culpa de estos extravíos á la república de Esparta y á la educacion clásica de la juventud? La Inglaterra cultiva la literatura antigua lo mismo que la Francia, por mejor decir, más de véras, porque la educacion de su aristocracia es casi exclusivamente clásica. Sin embargo, no tenemos noticia de que la Cámara de los Lores haya tropezado con las instituciones de Esparta, ni que haya pedido el reparto de las tierras ni la libertad á la manera de los Griegos. ¿Habrá necesidad de explicar la razon de esta diferencia entre dos naciones tan próximas? Los Ingleses tienen en el más alto grado el sentimiento de la libertad de que carecen los Franceses; le dan gran importancia, y en cambio miran con indiferencia subsistir restos de la desigualdad de la Edad Media. Esto quiere decir que deben buscarse en el carácter nacional las causas del desarrollo diferente que toman los pueblos modernos y no en la influencia de la Grecia. El estudio de la historia, de la literatura, de la filosofía de los Griegos, hecho con alguna profundidad, sería, por el contrario, un contraveneno á la tendencia que impulsa á los Franceses á realizar la igualdad, unas veces por medio del comunismo y otras por medio del despotismo. En efecto, este estudio nos enseña que la lucha por la igualdad de las condiciones viene á parar á la disolucion de la sociedad, á la anarquía y á la tiranía. En Roma, esta misma pasion por la igualdad inspiró la larga lucha de patricios y plebeyos, de los nobles y del pueblo. Pero los Romanos tenían el espíritu de unidad, así como los Griegos tenían el de division. Hé aquí por qué los combates de los partidos vinieron á parar á la más absoluta unidad, á la soberanía concentrada en manos de los Césares. La igualdad reinaba bajo el Imperio; pero ¿dónde estaban los derechos de que disfrutaban los ciudadanos iguales? La Francia tiene el mismo genio de la unidad, y está amenazada por el mismo peligro: ¿lo evitará desterrando de los colegios el estudio de Ciceron y de Tácito?

CAPÍTULO II.

LOS FILÓSOFOS.

§ I.—La filosofía jonia.

I.

La filosofía jonia tiene por objeto el mundo exterior más que el hombre en sociedad. Tal es la marcha natural del espíritu humano. Cuando se despierta el pensamiento, quiere penetrar el medio en que vive, explicar la existencia de la materia para distinguirse de ella. Cuando ha llegado á reconocer una causa primera, aplica al mundo moral las leyes de orden y de armonía que ha descubierto en el mundo físico. Sin embargo, todo cabe en el dominio de la inteligencia. El filósofo no puede abstraerse enteramente de la sociedad; aun cuando se dirija principalmente á la naturaleza, sus especulaciones alcanzan necesariamente al hombre y á la humanidad. Colocados en medio de un movimiento político tan agitado como lo era la existencia de las poblaciones griegas, los filósofos jonios fueron arrastrados por la corriente: tomaron parte en los negocios públicos, y por consiguiente, sus meditaciones comprendieron la organizacion y las relaciones de las ciudades.

Uno de los siete sabios, el que la antigüedad ha celebrado como el iniciador de la filosofía (1), *Táles*, fué tambien el primero de los políticos griegos. Cuando la invasion de los Persas puso en peligro

(1) ARISTOT., *Metaph.*, I, 3.—CICER., *de Nat. Deor.*, I, 10.—PLUTARCH., *de Plat. vit. Philos.*, I, 3.